

Orientaciones

DESTINO DE NUESTRA JUVENTUD

Mis queridos jóvenes:

En nuestra pobre predicación la reunión de la juventud tiene naturalmente una importancia muy especial.

Se trata de una predicación que quiere anunciar un mundo nuevo. Y ¿quiénes forman el mundo nuevo? Vosotros. Cuando nosotros desaparezcamos de aquí, sobre la tierra quedaréis vosotros. Y pienso yo que la cosa mejor que un hombre puede dejar a los jóvenes, es la visión clara de lo que los jóvenes deben hacer.

Hay para vosotros un tarea inmensa en la Historia de la Humanidad. Creo que pocas veces, tal vez nunca, en la Historia, la juventud tuvo una tarea tan grande como hoy. Hay un trabajo inmenso que se debe llevar a cabo.

Qué lástima da cuando se viaja por el mundo de hoy, encontrarse con una juventud como ausente. Se diría que no entiende el inmenso trabajo que debe realizar.

Y nuestro mensaje para la juventud quiere precisamente crear este sentido de responsabilidad en la juventud. Es muy triste perder su juventud, porque la juventud no regresa de nuevo. Y si vosotros no comprendéis bastante lo que la Historia espera de vuestro trabajo, vosotros perdéis vuestra juventud. Hay tantos jóvenes hoy como ausentes en la Historia. Hay una crisis inmensa. Hay todo un trabajo para la reconstrucción de la humanidad, y los jóvenes no tienen otra preocupación que el cine, los deportes, sus pequeños pecados tal vez, sus pequeñas pasiones... Viven como ausentes, como niños, —perdonad la palabra—, no sienten que la Historia la deben hacer ellos. Que deben comprender la Historia.

Yo querría brevisísimamente señalaros esa Historia que debéis construir. El he-

cho más trascendental de toda la Historia del mundo, aconteció hace veinte siglos, cuando entre la humanidad vivió un Hombre, que era el mismo Dios. Nunca había sucedido en la Historia un acontecimiento tan extraordinario, ni sucederá jamás. Dios, que creó nuestro pequeño mundo y todas las estrellas del cielo, vino hace veinte siglos para adoptar nuestra vida. Apareció como un hombre en el mundo. Es un misterio inmenso. Si alcanzamos a entender lo que significa Dios que se hace hombre, no podemos negar que nos encontramos con algo casi increíble. Es el misterio más grande que se puede pensar: un Hombre que es Dios.

Después de este acontecimiento, vemos que la Historia de la humanidad ya no es solamente la Historia de los hombres. Es la Historia de los hombres que saben su vida divina, eterna. Y hay quince siglos en los cuales la humanidad, con el esfuerzo de la Iglesia, procura comprender, vivir los pensamientos de la eternidad. ¡Quince siglos de Historia! ¡Un trabajo inmenso! Elevar a los hombres al Cielo. "Ya no sois solamente hombres, sois hijos del Cielo. Vino Dios a vivir entre vosotros. Vuestra vida es la vida inmortal. La vida terrena, es la vida de un solo día.

La Iglesia realizó este esfuerzo en esa época y los hombres que en ella quieren vivir más profundamente su fe, se alejan de la Humanidad, se van a los desiertos, casi separados de la Humanidad. "Porque vuestra verdadera vida está en el Cielo, está en la Eternidad".

En las Iglesias aparecen las imágenes de los Santos, el arte bizantino, el arte de la Edad Media. Son casi almas sin cuerpo. Este arte que procura representar al hombre más como un espíritu que como un cuerpo, porque la verdad es el espíritu, porque la verdad es el Cielo.

La figura representativa de toda esta Historia es sin duda, un hombre de todos conocido: Dante Alighieri, que concibe la figura del universo así: Arriba el Empireo inmenso, donde se contempla a Dios. Bajo el Empireo los cielos, cada vez más pequeños, guiados por ángeles, y debajo de todos los cielos la tierra pequeña donde vive el hombre.

Es la representación artística de esta concepción del universo. El hombre pequeño, el más pequeño de los seres inteligentes. Un ser que tiene su espíritu junto con un cuerpo, casi un ángel pequeño, unido con un animal. El Hombre, el espíritu en la materia, el ángel con la bestia. Sobre el hombre, los ángeles puros y al fin el infinito Dios. Fué la concepción del Universo elaborada poco a poco a través de tantos siglos de Historia.

Después de catorce siglos, de este esfuerzo, (digo catorce como pueden ser trece, catorce, quince. La Historia nunca está tan determinada en sus divisio-

nes), después de este esfuerzo inmenso comienza una segunda Historia de la humanidad.

La llamaría la revolución humana. El hombre resulta demasiado pequeño en esta concepción del Universo. Queda debajo de todos los cielos. Es infinitamente pequeño, es mitad angel mitad animal. Debajo del hombre en la visión de Dante queda solamente el infierno. (Comienza la revolución humanista. El hombre que dice: "Yo quiero mi lugar". "Existe Dios, —nadie pensó en la negación de Dios cuando comenzó esta revolución humanista. Se tenía demasiado clara la concepción del Dios infinito. No se podía siquiera pensar en la negación de Dios—. "Pero, —se dijo—, nuestro problema na es tanto el problema de Dios. Es el problema del hombre. Lo que interesa al hombre es el mundo humano. Existe Dios, pero lo que interesa es el mundo del hombre."

Es la Revolución humanista. Y la historia de esta revolución es la historia de cinco siglos. El hombre quiere cada vez más un lugar para su vida. Y cuanto mayor construye su lugar, tanto menor deja el lugar de Dios. Antes casi parecía que Dios fuese tan grande, que el hombre no tenía para sí su lugar. Resultaba el mundo tan pequeño que debía casi dejar la humanidad para vivir su grandeza, para unirse a Dios. Ahora el hombre busca su lugar.

Pasa un siglo después de la bandera del Humanismo y encontramos la revolución protestante. No negó a Dios. Ni siquiera negó a Jesús. Ni siquiera negó la Revelación de Jesús. Pero dijo: "cada hombre da su juicio particular sobre la Revelación de Dios". El lugar del hombre es ya mayor. El hombre quiere dar él juicio sobre la palabra que viene del Cielo.

Pasa un siglo y nos encontramos con las grandes filosofías racionalistas. Es el hombre que forja en su razón la visión del Universo. Habla de Dios. Pien- sa en la existencia de Dios. Pero un Dios vago, un Dios lejano del mundo y de los hechos de la Historia. El Dios de Spinoza, el Dios de Leibnitz, el Dios del racionalismo, el Dios de la Enciclopedia, el Dios del Deísmo. Un Dios que ya no sabe del mundo, porque el hombre guía su mundo.

Pasa otro siglo. Estamos en el siglo pasado. Y la mayor filosofía dijo: "Dios es una idea del hombre". Mirad cómo la revolución humanista abre su camino. Antes había dicho: "Existe Dios, no se puede negar. Pero nos interesa el problema del hombre. "Poco a poco este hombre se hace mayor y reduce el lugar de Dios. Antes se creía en un Dios inmenso, y al hombre se le consideraba tan pequeño. Ahora la razón humana se cree cada vez mayor y em- pequeñece cada vez más el lugar de

Dios. En el siglo pasado la filosofía más importante grita: "Dios es un pensamiento del hombre". Existe Dios como una idea que tiene el hombre.

Pasan 50 años. Estamos en el fin del siglo pasado. La filosofía dice: No hay Dios. Es inútil hablar de Dios, ni siquiera como una idea del hombre: ¿Por qué debemos hablar de esta idea si no tiene realidad? No hay Dios. Y el hombre que me parece la conclusión de todo este camino,, como Dante me parecía la conclusión de toda línea teísta el hombre que me parece la conclusión, de la revolución humanista, se llama Nietzsche, que al fin del siglo pasado cantó estas palabras: "Murió Dios. Hemos matado a Dios. Ahora podemos vivir nosotros, hombres, porque no hay ya Dios" "Yo soy el Anticristo", dijo Nietzsche. Y subía a las montañas, cuenta él, subía a las montañas de su Suiza y danzaba solo en las montañas, cantando: "Hemos subido al trono del viejo Dios. Dios murió. Lo hemos matado. Ahora nos queda la vida de la humanidad.

Línea teísta: Para levantar a los hombres a los pensamientos del Cielo. Revolución humanista: Para matar este cielo y hacer libre la tierra. Y después de Nietzsche, después de la filosofía que se enseñó en las universidades, al fin del siglo pasado, no se podía dar un nuevo paso en esta revolución de la humanidad. No se podía decir más que esto: "Hemos matado a Dios, para que el mundo sea el mundo de los hombres".

Todavía se podía dar un último paso. No se podía formular una mayor negación de Dios. Pero se podía enseñar esta negación de Dios a toda la humanidad. Se podía trabajar para que la liberación humana no fuese solamente el canto de un filósofo solitario en una montaña, sino que fuese ya el canto de la humanidad. Que toda la tierra cantase, "hemos matado a Dios. Vivimos libres. Solamente existe el hombre".

Y ese paso es el que hemos visto en estos 50 años de nuestra última historia. El esfuerzo, por primera vez en la Historia de la humanidad, de destruir la idea de Dios en toda la humanidad. No solamente se había de enseñar en una escuela universitaria, sino al pueblo más sencillo, "no hay Dios". "Seremos felices cuando todos hayamos olvidado este sueño triste de nuestra infancia."

Y el marxismo, el materialismo marxista, por primera vez en la historia de la humanidad, procura enseñar a todos los hombres la negación de Dios.

Ahora en estos años, yo contemplo un momento solemne de la Historia. Termina esta segunda línea de la Historia. Termina la revolución humanista y termina con un fracaso terrible. Vosotros sois muy jóvenes. No podéis tener una visión bastante completa del mundo de hoy. Para vosotros el mundo de hoy

es el cine, es el periódico, la partida deportiva. Hay hoy en la Humanidad un fracaso terrible.

Hablo a la juventud, y lo digo sinceramente: le confío todo el fruto de mi vida. Creo que poquísimos en el mundo, tal vez nadie en toda la Historia del mundo habló en tantas naciones como he hablado yo. Dios quiso así. Yo conozco mucho el mundo. Yo sé la reacción de la humanidad a las ideas, porque he predicado en tantas plazas como tal vez nadie en la Historia. Hay en el mundo de hoy un sentido inmenso de fracaso. Esta historia humanista fracasa. Y ¿sabéis dónde fracasa? Fracasa precisamente en el problema de la felicidad humana.

Antes, el gran problema de los grandes hombres, era siempre el problema de Dios. Si vosotros leéis los grandes hombres de la humanidad, encontraréis siempre el problema de Dios. Platón... todos los grandes filósofos, los grandes poetas, las grandes tragedias, tenían siempre el sentido de lo divino. En el período humanista el gran problema ya no era el problema de Dios. El arte no es ya arte religioso. Antes, el gran trabajo de un artista consistía en pintar o esculpir el rostro de una mujer que pudiera representar con dignidad a la Madre de Dios. Era una dificultad enorme, como podéis imaginaros. ¡Crear el rostro de una mujer digna de parecer la Madre de Dios! ¡Plasmear la figura de un Niño que sea Dios! El gran problema era el problema de un Dios, para el arte, para la filosofía, para todo.

En la Historia humanista el gran problema era la felicidad de los hombres. No había otra cosa: el problema era él Dios, cada vez mayor. Con este problema que era el mayor problema de la historia humanista, fracasa la humanidad. No sabe organizar la felicidad de los hombres. No sabe. Y vemos en toda la historia humanista dos formidables tentativas para organizar la felicidad. Una tentativa fué hecha a la luz de las filosofías racionalistas, cuando la filosofía en su esfuerzo humanista, había creado la diosa razón. Había dicho el hombre autónomo, (la moral autónoma de Kant): "el hombre libre". Pensaron en la construcción de un orden social, liberal. "El Hombre es Dios". "Tiene su moral autónoma, tiene su razón divina". "El orden mejor será aquel que deje que todos estos "Dios" hagan lo que quieran". El orden liberal que nació de un siglo de filosofía racionalista, levantó su bandera política en la Revolución Francesa y llenó un siglo de Historia, fracasa. ¿Dónde fracasa? Fracasa en las injusticias sociales. Porque esta bandera de libertad que permite la lucha libre de todos contra todos deja tanta gente como vencida en la vida.

No sé si vosotros conocéis bastante la vida de hoy. Hay mucha gente que puede hacer lo que quiere. Tiene su carro, tiene su casa, tiene sus vacaciones,

tiene sus vestidos. Y hay una masa enorme de la humanidad de hoy, que vive en condiciones horribles. Vosotros sois uno de los pueblos más ricos del mundo. Tal vez el más rico del mundo, en proporción con el número de vuestra población. Pero hay en el mundo de hoy una miseria horrible. Si se ve por ejemplo, lo que llaman "Favelas" en Río Janeiro, donde trescientas mil personas viven peor que las bestias. Las bestias tienen muchas veces establos mejores que las "favelas" de Río de Janeiro. En México, hace pocos días, encontré millares de personas que viven buscando y comiendo la basura de la ciudad. En Santiago de Chile, una ciudad rica, muy bella, encontré un barrio donde hay una cama para cuatro personas, como término medio. Duermen en el suelo muchísimos. Y podría decir cosas semejantes de otras tantas ciudades del mundo. También de Roma. Este orden social que es el fruto de un siglo racionalista, de esa filosofía que defendió que el hombre era una razón divina y gritó: "Dejad a los hombres libres y harán la sociedad mejor", ese orden social que dejó tanta gente así explotada, es un orden cruel.

Y se dió una nueva tentativa de orden social, cuando la revolución humanista había dado un nuevo paso. No existía ya el racionalismo, como gran filosofía. Imperaba ya el materialismo. Se llegaba ya a la negación del nombre mismo de Dios. Avanza el materialismo. "El hombre es —había dicho un filósofo, Feuerbach—, el hombre es lo que come". No es ya la razón, la razón de Kant, la razón de Leibnitz. No, el hombre es su cuerpo. Y el gran problema social de los hombres sin Dios, fué el problema de la comida de estos cuerpos. Y vino la segunda gran tentativa sin Dios para ordenar la sociedad: encontrar la manera de distribuir la comida.

Fué el orden colectivista en el sentido marxista: dar la comida a todos. Este es el gran problema. Impedir todas las libertades que puedan, en cualquier manera, perturbar la distribución de la comida material. Pero fracasa. Porque el hombre no es solamente un cuerpo. Y cuando ve todo destruído, —sus valores morales, su libertad de pensamiento, de palabra, de religión, de familia, de todo—, para este problema de la comida, se encuentra como destruído. El mundo de hoy que vosotros no conocéis con bastante profundidad, pero que llega a vosotros con una voz casi vaga, general, de desilusión, el mundo de hoy, ve este gran fracaso. Las dos tentativas hechas a la luz de las dos mayores filosofías sin Dios, (la filosofía de la razón y la filosofía de la materia) las dos grandes tentativas, dividen ahora el mundo, en dos mitades, que son infelices y que preparan la guerra entre sí. ¡Fracaso del mundo!

Comienza la tercera Historia. Comienza vuestra Historia. ¿Qué debemos decir? ¿Debemos hoy, que el Humanismo fracasa, debemos tener el sueño de regre-

sar a la Historia Teísta? ¿Debemos tener como ideal el regresar a la Edad Media, porque la Historia Moderna en sus frutos mayores fracasa?

Queridos jóvenes, ya lo sé. Ningún joven pensará jamás que la Historia pueda regresar. Y tiene razón. La Historia nunca regresa. Ningún viejo regresa a la juventud. Ninguno. La juventud, esa eterna ilusión, la juventud se vive solamente una vez. La Historia de hoy fracasa en su esfuerzo humanista, pero no puede regresar a la mentalidad de la Edad Media. ¿Cuál es la Historia que debemos comenzar, qué debéis comenzar? Yo diría, pocas veces en la Historia, tal vez nunca en la Historia, la juventud tuvo una tarea como la vuestra. ¡Una tercera Historia!

El Humanismo fracasa, no se puede negar. Yo lo veo en las plazas del mundo. Una humanidad sin guía, que no tiene confianza en los guías humanos. No tiene confianza en los filósofos, no tiene confianza en los políticos, no tiene confianza en los economistas. Busca algo. Es la línea humanista fracasada. Tenemos necesidad de algo que esté sobre el hombre. Somos tan pequeños... Solos no podemos construir una Historia feliz. Necesitamos de Dios.

¿Regresaremos a la edad teísta? No. Somos los hijos del humanismo. Como los primeros humanistas nunca pensaron en la negación de Dios (no se podía imaginar la negación de Dios en un Humanista; eran los hijos de quince siglos de teísmo), como ellos no podían negar a Dios, así el hombre de hoy no podría negar al hombre, no negará los problemas de la tierra, no puede negarlos.

¿Cuál es la nueva Historia? Es el hombre que para su vida humana necesita de Dios. Estamos ante una tercera Historia. En el esquema de Hegel, yo diría: Después de una tesis, después de una antítesis, debe hacerse una síntesis. Tenemos necesidad de integrar al hombre con Dios. Somos los hijos del Humanismo. Tenemos la preocupación por el hombre de la tierra, de la vida social. Pero hemos visto que solos no podemos dar solución a nuestro problema humano. Debemos incorporar a nuestra solución todo lo que hubo de legítimo en toda la Historia teísta, que tuvo hombres colosales. Debemos capitalizar todo aquello para integrar al hombre. Debemos forjar una tercera historia donde el problema de la tierra tenga su solución bajo la luz del Cielo. Donde el hombre se sienta hombre, cuando se reconoce hijo de Dios.

Y es precisamente el problema social el que nos lleva a esta nueva Historia. Las tentativas sin Dios, fracasan. Fracasa el mundo de los individuos, fracasa el mundo de la colectividad. Se debe crear un nuevo mundo. Un mundo de la tierra, un mundo de los hombres, porque nuestro problema es el problema del hombre y de la tierra. Este es el

sentido que nos llega a nosotros de nuestros padres. Somos los hijos de este esfuerzo de felicidad terrestre.

Debemos crear una sociedad terrestre, con la libertad del Liberalismo, con la solidaridad, que es el sueño del Comunismo, fundiéndolas en uno. Y realizar esta síntesis de banderas, llevar a cabo esta síntesis de soluciones sociales significa considerar a la humanidad como una familia.

En el sentido de familia hay libertad, hay solidaridad. Los hermanos son libres en su casa. Mandan los padres, pero los hijos no son siervos de sus padres. No. La familia dice libertad, espíritu de familia, espíritu de hijos, espíritu de fraternidad. Pero la familia dice solidaridad. Dice que los hermanos se deben ayudar, que si uno está enfermo, los otros lo ayudan. Que si uno no tiene nada para comer, los otros, si son ricos, lo deben ayudar. Familia dice libertad, dice solidaridad. El sueño del mundo de hoy que yo he observado en las plazas de toda la humanidad, es el sueño de la construcción de una familia humana. ¿Cómo se puede hacer de la tierra una gran casa para una gran familia? ¿Cómo podremos resolver el problema humano, como el problema de una familia? Si nos reconocemos como hijos de un único Padre.

Pero ¿cómo es eso de que tenemos un único Padre? Tenemos tantas madres, tenemos tantos padres diferentes, hemos nacido en tierras diferentes, tenemos tal vez odios entre nosotros. ¿Cómo se puede organizar la humanidad como una familia? Como respuesta viene el fruto de la línea Teísta a decirnos que somos hijos de Dios. El problema de hoy es el problema de la tierra, es el problema de la organización feliz de la tierra. Sois hijos de la línea humanista. Si un hombre viene aquí y predica y lee la predicación de la Edad Media, vosotros quedáis completamente distantes de esta predicación. Porque es otra Historia.

Si viene aquí un hombre y habla como hablaban los profesores de las Universidades hasta hace 20 años, felices con la ingenua confianza de que la Humanidad era feliz, y os habla de la felicidad de los humanos a vosotros que véis, que palpáis la destrucción de la vida, palpáis la incompreensión de dos edades del mundo, vosotros quedaríais como extranjeros con la predicación de la Edad humanista satisfecha y feliz con la ilusión de la capacidad humana, con la predicación de la Edad Media, solamente Teísta, solamente del Cielo.

¿Sabéis lo que quiere el mundo de hoy? El problema del mundo, el problema de la tierra, el problema social, el problema de la felicidad, el problema de la distribución de la riqueza, pero enfocado bajo la luz del Cielo. Porque

a la luz de la tierra no encuentra solución.

Se impone la interesante solución nueva. Hay que estructurar la Historia de la humanidad considerada como una gran familia, que tiene un Padre único, que está en el Cielo y se llama Dios.

Lo creo sinceramente. En la majestuosa línea de la Historia, acabó —oh sí!— la mentalidad de la Edad Media, que no regresará ya. Nunca la Historia regresa otra vez. Nunca el viejo volverá a ser joven. Termina la mentalidad satisfecha de la revolución humanista. ¿Cuál es la filosofía de hoy? La última filosofía se llama la filosofía del fracaso, se llama Existencialismo, donde encontráis un Heidegger, un Haspers, que dicen: “¿Cuál es el signo del hombre? El hombre vive para la muerte, el hombre vive para la nada, el hombre vive para fracasar”. Esta es la última palabra de la filosofía humanista.

Comienza con vosotros una tercera Historia. Nosotros la anunciamos. Nosotros la predicamos. Vosotros la debéis, —no digo construir, ése será el trabajo de generaciones y generaciones—, vosotros la debéis comenzar. La tierra bella en la luz del Cielo. El hombre, hombre como hijo de Dios. La tierra feliz porque tiene el sol de la eternidad.

Es la nueva creación. Y es precisamente en este sentido que yo digo que la nueva Historia debe llamarse de Jesús. Antes se podía contemplar con Dante el Dios inmenso y en la sombra de Dios un mundo pequeño. Después se consideró al hombre como centro del mundo. Ahora necesitamos un Hombre Dios. Ahora necesitamos de un Dios que se acerque al hombre. Y ese Dios cerca del hombre, este Hombre divinizado, este Hombre-Dios, se llama Jesús. Yo creo que la nueva Historia debe ser la Historia de Jesús.

Después que Jesús vino al mundo, toda la Historia puede llamarse Edad de Jesús. Naturalmente. Ya el Hombre-Dios es el Sol del mundo. Pero como comprensión del misterio, como visión vivida de la Historia, hoy necesitamos de esta integración con lo divino como nunca en la Historia. Hombres, almas sin cuerpos, como los santos de la Edad Media, ya no los queremos. Hombres, cuerpos sin almas, ya no nos satisfacen. Es la sociedad fría que nos mata hoy. Hombres serenos y felices, porque saben que son hijos de Dios. Porque la tierra debe dar sus flores con la luz celestial. Porque la vida debe ser alegre con la esperanza de la eternidad. Porque la justicia social se debe realizar a la luz de una familia eterna que nunca acabará.

Hermanos míos, jóvenes amigos. Este es el porvenir del mundo. Este es el anuncio que llevo por el mundo. ¿Sabéis cuál es la juventud del mundo que recogió estas ideas con mayor en-

tusiasmo? Yo observé en una juventud del mundo de hoy un entusiasmo, como no lo encontré en otras partes. Es la juventud de Berlín. Me encontraba en un teatro inmenso donde se reúne el parlamento de la juventud de Berlín. Cada escuela manda un representante. Son alumnos. Se reúne cada semana y me invitaron a hablar en él. Era el primer sacerdote católico que hablaba en este parlamento. (El 90 por ciento de sus integrantes son protestantes). Les dije en aquella ocasión. “Vuestra ciudad es la más trágica del mundo. Todavía tenéis aquí las ruinas de la guerra, como hace siete años, porque nadie quiere construir en una ciudad que será destruida el primer día de guerra. Aquí se ven las ruinas vivas. Aquí se ve a la muerte que continúa. Vosotros tenéis aquí la guerra. Pero, convencéos jóvenes, que los dos mundos que pasan por vuestras calles son dos mundos fracasados. Ahí está el mundo comunista que tiene aquí sus soldados. No es la esperanza de la humanidad. La Humanidad no puede tener como ideal la destrucción de la humanidad, la destrucción del hombre. Sería absurdo, abrigar el ideal de ver destruida nuestra dignidad de hombres, con un Estado que hace todo para dar la comida y destruye todo. No es solución.

“Pero ahí está también otro mundo fracasado. El mundo que hizo nacer el comunismo. Jóvenes de Berlín!, debemos construir un tercer mundo. Y este tercer mundo tiene su nombre en el Hombre. Dios. Tiene su bandera en Jesús. Tiene su bandera en la fraternidad humana, que no es el comunismo tirano, pero tampoco es el individualismo frío. Jóvenes de Berlín, este es nuestro porvenir. Esta es la solución. Esta es la construcción del mundo nuevo a la que debéis consagrar vuestra juventud.”

Y pude observar un entusiasmo en esta juventud como no lo encontré en ninguna otra parte del mundo. Todos aquellos jóvenes prorrumpieron en una aclamación que no acababa nunca. Por fin, se levantó el presidente de este Parlamento de la juventud y dijo: “Camaradas, este será el programa de nuestro gobierno de la juventud. Debemos construir esta sociedad, debemos estudiar el Evangelio como libro de la nueva Historia. Debemos estudiar nuestra fe. No basta para nosotros estudiar la filosofía que fracasó. Estudiar la filosofía de un Marx que crea la lucha soviética, estudiar la filosofía de una Leibnitz que creó la revolución francesa. Debemos estudiar el Evangelio que crea la nueva Historia. (Son protestantes, pero creen en Jesús también ellos).

“Jóvenes de Berlín, debemos construir esta nueva Patria, debemos construir esta Historia nueva. Nosotros asumimos el compromiso de difundir en nuestras escuelas, entre nuestros compañeros este programa de la nueva Historia. Nosotros queremos persuadir a todos los compañeros de todas las escuelas de

Berlín, que la construcción de la Historia futura se debe hacer en el Evangelio de Jesús”.

Mis queridos, yo os debo dejar, pero yo tengo una gran esperanza de que la juventud de aquí no se dormirá. Pero sí existe este peligro para vosotros, porque aquí no habéis vivido la tragedia que hemos vivido nosotros. Aquí os falta, tal vez la madurez de la Historia que tienen otros pueblos. Aquí se respira una cierta ingenuidad, una tranquilidad. Pero, jóvenes, vosotros lo sabéis muy bien. Hoy la Historia no se hace separadamente. Vosotros sabéis de los sucesos de Corea con la rapidez con que en otro tiempo sólo se podía saber de un pueblo cercano a vosotros. La Historia del mundo es una única Historia. No podéis quedar aislados.

Que vuestra vida no sea solamente un cine, que vuestra vida no sea solamente una pequeña pasión, el rostro de una muchacha, un pequeño honor. No. Hay algo mucho mayor que debéis construir en la Historia. Debéis conocer el Evangelio como el libro de la Vida Nueva. Estudiar esta fraternidad humana y ver en esta luz la frialdad del mundo occidental, la tiranía del mundo oriental. Debéis prepararos con el estudio de la Religión profundo, con el dominio de vuestras pasiones. Nadie hace algo en la Historia si es esclavo de sus pasiones. Cuando un joven tiene un pecado vulgar en su cuerpo, ya no hará nada grande en la Historia, porque no tiene la fuerza del sacrificio, porque es un esclavo y los esclavos obedecen y nunca guían la Historia. Debéis liberaros. Y la primera liberación debe ser la liberación del corazón. Sentiros libres. No quiero hacer esto, quiero dominar mis instintos, quiero ser fuerte. Hasta ayer no podía dominar. Hoy comienzo a mandar en mi casa. ¿Por qué debo servir a algo que es tan feo y tan sucio? Yo debo mandar en mi casa.

Y la joven... Ah! sabéis cuántas veces en la Historia, las jóvenes dieron la inspiración para una nueva Historia. Cuántas veces el ideal de la mujer inspiró las grandes hazañas. Merecer el amor de una mujer que tiene grandes ideales, que quiere la fuerza moral, que quiere a un hombre fuerte. No la mujer que da todo a un joven que no sabe renunciar a nada. Estos no harán ciertamente la Historia. Si queréis trabajar para un mundo nuevo, necesitáis de esta instrucción religiosa profunda, de este dominio de las pasiones... El amor, el amor lo creó Dios, no hay nada de malo en el amor, pero en el amor a la luz de Dios.

Debéis recordar que la tierra sola fracasó, que el amor de los hombres sin Dios se convirtió en el amor de los animales. Para construir de nuevo la dignidad de la mujer, la belleza del amor, la belleza del trabajo, para merecer el amor de una mujer digna, debemos contemplar de nuevo la tierra a la luz del Cielo. Donde una Beatriz, la Beatriz de Dante, podía constituir el ideal para el mejor poema de la Historia. Esta era una mujer, porque Dante en esta joven que encontraba en las calles de su ciudad vió un ideal de grandeza moral, vió un ideal y para merecer este ideal el alma del poeta sube hasta el Cielo para poder encontrar este amor.

Ah!, cómo se ha arruinado este amor sin la luz del Cielo. Parece Dios enemigo del amor y solamente la luz del Cielo mantiene este amor. Sin Dios el amor de un joven para una joven es semejante al de los animales. A la luz de Dios la mujer es grande, —una mujer fué la Madre de Dios —y el hombre, para merecer este amor da su vida de trabajo, construye el mundo como lo quiere Dios.

Termino. Que Dios os ayude y que vuestra Venezuela que ciertamente tendrá una gran Historia, no tenga una historia solamente material. Que no se diga solamente: “Venezuela, un gran país. Produce tanto petróleo, tanta gasolina: tanto hierro.” No. Que se pueda decir: “Es un país que entra en la nueva Historia.”

Y nosotros, los viejos, nos sentiremos felices al morir, cuando nuestra bandera esté en manos de jóvenes capaces. Oh, algunas veces el hombre se siente cansado. Pero ahora no podemos morir, porque no existe la juventud que ha recogido esta bandera. Cuando un día veamos jóvenes capaces de comprender la Historia, capaces de comprender el fracaso del mundo humanista y veamos la juventud que hace la síntesis de Cielo y tierra en su amor, en su ideal social, en su vida, en su pensamiento, en su acción, diremos. “Bien”!, podemos caer, porque ya está presente la nueva juventud. Hasta ahora no se encuentra esa juventud, hasta ahora no se la encuentra. La bandera de la Nueva Historia la debemos sostener nosotros, casi viejos, casi cansados.

Pero esperamos en vosotros. Y el día que la juventud levante esta bandera, nos sentiremos tan felices... Terminará nuestro día. Será vuestro día. El día de vuestra vida particular. El día de vuestra Historia. Nosotros lo veremos desde el Cielo y os esperaremos allí.

RICARDO LOMBARDI, S. J.